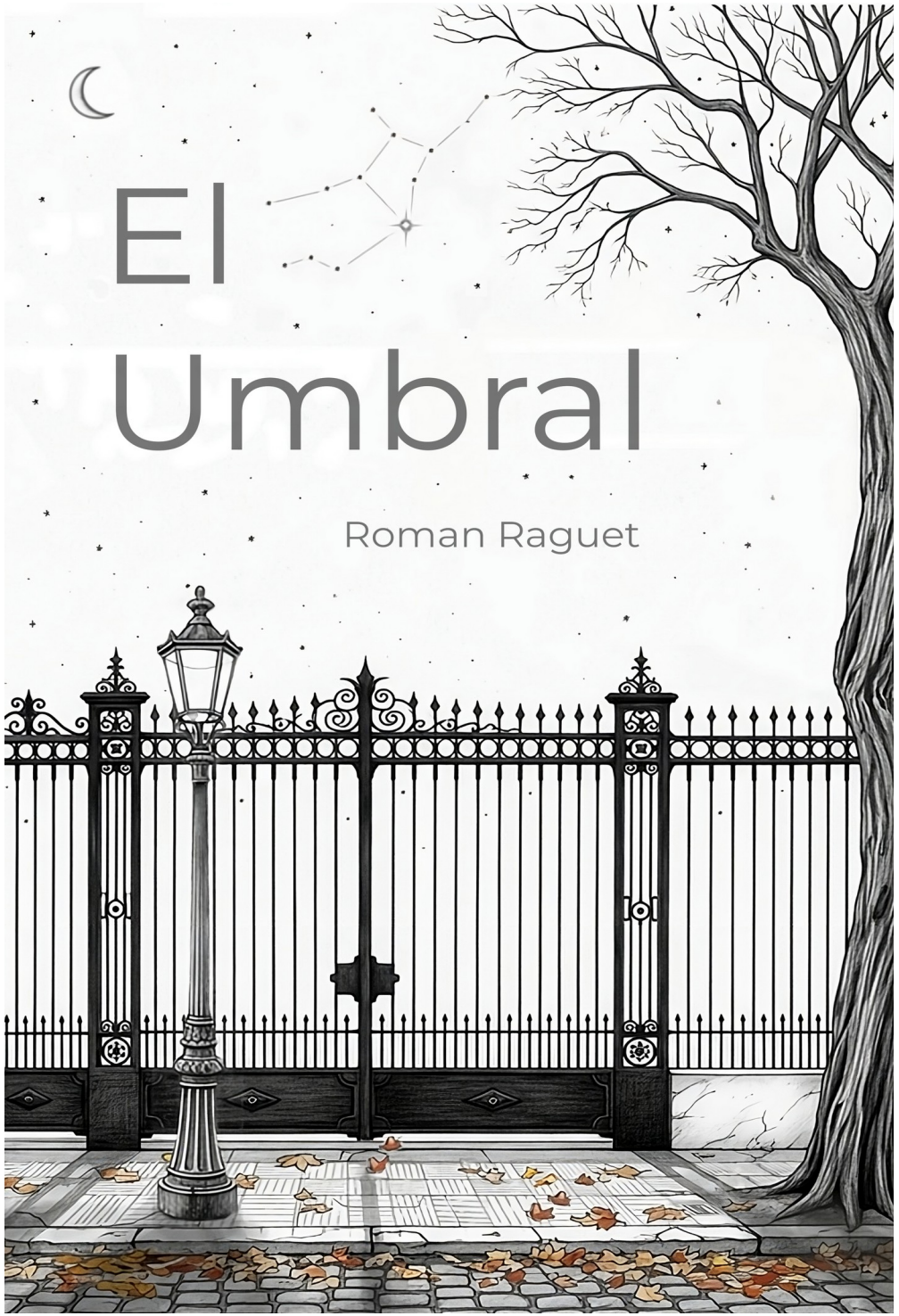
El Umbral

Roman Raguet



El Umbral

por Roman Raguet

Nota sobre esta edición

Este relato es una "obra abierta", diseñada para que cada lector encuentre su propio camino a través de su red de símbolos. Las interpretaciones son infinitas y todas son bienvenidas.

⚜ ⚜ ⚜

© 2025, Roman Raguet.

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Esto significa que sos libre de compartirla y adaptarla, siempre y cuando des el crédito correspondiente, no la uses para fines comerciales y compartas tus creaciones bajo la misma licencia.

Para ver una copia de la licencia, visitá:
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Diseño de portada: Roman Raguet, asistido por IA generativa.
Primera edición: agosto de 2025
Impreso en Buenos Aires, Argentina

En el umbral de una noche cualquiera, en la quietud de un barrio de Buenos Aires, la realidad a veces se pliega sobre sí misma y deja entrever una trama oculta: un lenguaje secreto escrito en los detalles más mundanos. En ese frágil intersticio entre la razón y la intuición se encuentra (P), un hombre a punto de descubrir que las coincidencias no siempre son fruto del azar.

Lo que sigue es el registro de esa revelación: un viaje por una red de sincronicidades que enlazan la fe con el arte, la alquimia con la psicología, y el cielo con la tierra. Una exploración de esas fuerzas invisibles que nos guían, y una inmersión en la pregunta que persiste bajo el ruido del mundo contemporáneo: ¿qué nos sostiene cuando nuestras certezas se quiebran?

Esta historia, como la noche misma, no tiene una sola interpretación. Es una invitación a que cada lector encuentre su propia luz en la oscuridad y trace, a su manera, el dibujo secreto que conecte los puntos.

I. En El Claro De La Luna

Era una de esas noches que sellan el adiós del otoño en Buenos Aires: fresca, casi fría, con aroma a hojas secas y tierra húmeda. A lo lejos, el tren dejaba un lamento de metal que se mezclaba con la tranquilidad de un barrio que ya parecía haberse ido a dormir. Una brisa barría la vereda. Levantaba remolinos de hojas que bailaban bajo el alumbrado y luego caían de nuevo, acomodándose hasta formar una alfombra de tonos ocres, anaranjados y rojos apagados. Justo frente a la fachada de un viejo negocio cerrado, sin persiana, detenido en otra época.

El local, cerca de la ochava, mostraba sus vidrios opacados por los años. Sobre ellos aún se leía, con elegancia, el nombre fileteado: “José e Hijos”. Una carpintería que parecía haberse detenido en el tiempo, aunque aún conservaba ese olor a madera que mezcla barrio con cosas hechas a mano. El negocio de al lado parecía más un recuerdo que un local. Alguna vez fue una pescadería —“Mar Adentro”, decía la chapa torcida sobre la entrada —, pero ahora tenía la cortina metálica baja, pintada con

aerosol: unas alas gigantes, blancas, algo desprolijas pero potentes, extendidas como si estuvieran a punto de despegar. Entre los pliegues oxidados se alcanzaba a leer una frase casi borrada: "¿Quién como Dios?". Nadie se la atribuía, pero ahí estaba: una firma sin autor.

(P) estaba parado en el cordón, inmerso en esa solemnidad que solo respiran las calles internas de Coghlan, a un par de cuadras de la vieja estación. Era el mismo barrio sereno de la Comuna 12, pero esa noche tenía una pasividad distinta, como si algo se estuviera gestando. No era miedo ni ansiedad, más bien una intuición callada —como la de La Luna, esa carta del tarot que sugiere más de lo que muestra —. Ya empezaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación. A veces no entendía por qué le hacía caso, por qué terminaba diciéndole que sí a (N), si en el fondo le incomodaban esas reuniones con gente que no conocía bien.

A (C) la había visto un par de veces, y aunque compartieron charlas que le resultaron interesantes, seguía sin sentir la confianza suficiente. Siempre le pasaba lo mismo: esa sensación de sapo de otro pozo. A su lado, (N)

también parecía cargado de esa tensión. Tenía la espalda apoyada contra un Corsa gris claro —tan inmóvil que parecía parte del paisaje—, y vestía una polera oscura que se perdía en las sombras, mientras sostenía entre los dedos un pucho encendido. Con esa mirada que solo dan los años de oficio, (N) leía la calle con la calma de quien ha aprendido a detectar lo que otros no ven: canillas que gotean, caños que susurran bajo baldosas, o incluso el leve cambio de tonalidad en el revoque que anuncia una futura humedad.

Ajeno al reloj, el humo de su cigarrillo dibujaba espirales con una gracia indiferente.
Sueña en plena libertad, sueña lo que hay que callar. Como si el tiempo, ahí, no tuviera permiso para interrumpirlo. Tanta era la calma, que la quietud misma se volvía casi litúrgica. Era el silencio tenso que precede al primer acto, el instante antes de que el telón se levante. El más leve susurro —el de las hojas arrastradas— parecía profanarla: anunciaba que algo vivo estaba a punto de irrumpir.

II. ¿A Dónde Van?

De pronto, se escucharon cuchicheos, pasos, voces, risas. El sonido venía desde la reja de una propiedad enorme, por donde cruzaban seis mujeres con paso ligero. Una de ellas —(C)— se detuvo en el umbral, como quien despide a sus invitadas: una sonrisa y un movimiento lento. Con la yema de sus dedos, se tocó suavemente la frente, luego los labios y finalmente llevó la mano al centro del pecho. El gesto entero, a los ojos de (P), pareció sellar un circuito silencioso entre el pensamiento, la palabra y el corazón. Una bendición muda, un ritual íntimo que no necesitaba palabras. Era como una guardiana discreta, parada entre el mundo de la calle y el universo que se abría detrás de la puerta. El rito, medido y delicado, parecía ensayado, pero era tan suyo que no podía ser otra cosa que espontáneo.

El grupo —las invitadas— le recordó a (P) esas películas que imitan la estética de un cómic. Todas de negro, ya fuera cuero o algo que se le pareciera; vestidos cortos o pantalones ajustados; botas hasta la rodilla o tacos altos. El maquillaje, intenso, dramático. Y, entre tanta sombra, un

rojo casi irreal: labios, uñas largas esmaltadas, la bufanda flotando con aire desafiante, anticipando lo que venía. Una repetición perfecta, casi inquietante. Como si la escena estuviera atrapada en el infierno de lo igual: rostros distintos que pierden su singularidad bajo el sello de lo uniforme. El preludio, de otra fiesta, una de ojos bien cerrados donde las verdaderas máscaras vendrían después.

Se acercaban entre risas, con la naturalidad de una coreografía ensayada mil veces, rumbo a donde estaban él y (N). A (P) se le cruzó una imagen fugaz: la introducción de *Reservoir Dogs*, de Tarantino. Ese caminar en cámara lenta, el color negro, con estilo y sincronía. La toma le pareció calcada, salvo por un detalle evidente: esta vez eran todas mujeres. Venían listas para la noche porteña: la primera ceremonia de una larga previa, un boliche y luego —tal vez — un after en lo de alguien a quien apenas conocían.

Al pasar, le dieron a (N) un beso en la mejilla, con la soltura de quien saluda a un viejo conocido. A (P), en cambio, lo saludaron con cierta formalidad.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo una de ellas—.

—Un gusto conocerte —agregó otra, sonriendo con amabilidad—.

Trato cordial, aunque con esa distancia medida que siempre parecía acompañar los primeros encuentros —al menos así lo sentía (P)—. Las demás lo saludaron con un gesto breve. Se alejaron conversando, dejando tras de sí una estela de perfume.

(P), todavía un poco nervioso, se dirigió a (N):

—¿Las conocés? No me sonaban.

(N) dejó escapar un poco de humo por la boca y se encogió de hombros con una sonrisita de costado.

—Sí, no mucho. De haberlas cruzado en alguna reunión. Un par se dedican a la música; otras, seguro son actrices. ¿Lo más loco? De las cinco, tres se llaman María. Bueno, para ser exactos: una es María Laura, otra María José, y la última... —dudó un segundo, buscando el nombre— no sé, no me acuerdo. Creo que es María Teresa, pero le dicen

"Tere", o "Teresita", según quién la llame. No me acuerdo bien.

—Lo que sí sé es que una de las otras dos —la de la bufanda roja— se llama Fátima. Ese nombre me quedó porque no es nada común. De la quinta, no tengo ni idea.

—En definitiva, tres Marías de cinco —se rió apenas, como si la estadística tuviera algo de gracia—.

(P), en cambio, se quedó en silencio procesando el dato. *María. María. María*.
El nombre le daba vueltas en la cabeza, como si ocultara algo más.

Se detuvo junto a un árbol en la vereda. De esos que en otoño sueltan las hojas de a poco, como si les costara dejarlas ir. Las hojas se acumulaban despacio y el árbol quedaba desnudo, entregado al rito silencioso de la transformación. Había algo sagrado en ese acto: cada hoja que caía era una impureza que el árbol liberaba, una parte vieja que debía morir para dar paso a algo más verdadero. Un proceso alquímico: una descomposición que no era un

final, sino un comienzo. Un suspiro de La Muerte del tarot, recordando que todo fin se convierte en semilla de lo nuevo.

En ese instante, todavía con las Marías rondando en su cabeza, (P) pensó en cómo, en esta modernidad líquida, todo parece deshacerse sin dejar raíces. *Una sociedad de hilos cortados*, se dijo, *donde cada uno flota a la deriva*. Le dio angustia pensar en esos lazos invisibles que se rompen. *¿A dónde va lo común, lo de todos los días? La lógica del consumo incesante convierte incluso a las personas en productos descartables, mientras la obligación constante de ser feliz y la agresión silenciosa de las redes sociales configuran, sin duda, unos tiempos violentos*. Comprendía que, en esta sociedad del cansancio, la transformación se vuelve casi un acto de rebeldía contra la autoexigencia.

Entonces alzó la mirada y vio las hojas caer en espiral, danzando como derviches entregados a un trance sagrado. Se tomaban su tiempo antes de acariciar los adoquines de una calle que aún conservaba el ritmo pausado de un barrio donde la melancolía camina sin apuro.

Desde ahí, escuchó la voz de (N), que —con un gesto de cabeza hacia (C)— simplemente dijo:

—Vamos. —No era una invitación, sino el curso natural de los hechos—.

III. Jerusalén Año Cero

Pero el árbol le tapaba parcialmente la vista. (P) dio unos pasos, y mientras se acercaba, la escena se fue revelando ante él con creciente claridad.

La vio: (C) llevaba un maquillaje discreto, casi imperceptible, que —a sus ojos— realzaba la naturalidad que la rodeaba, sin necesidad de filtros. Su suéter, tejido a mano en lana gruesa y trenzada, era cálido, decididamente oversize, y le caía con una soltura que casi parecía la de un vestido corto. A primera vista podía parecer una prenda común, pero tenía un trabajo y un peso que la volvían otra cosa. Como si, en vez de lana, sus hilos guardaran algo más antiguo, casi de leyenda. Y quizás por eso, las mangas anchas le cubrían casi por completo las manos con una gracia especial. No era solo su estilo. Era, pensó (P), la otredad misma: algo en ella se desmarcaba sin esfuerzo del resto. Su serenidad, sin proponérselo, lo interpelaba. Estaba claro que ella no competía contra nadie, ni siquiera contra sí misma. No buscaba la optimización constante —

simplemente era—. Escapaba de la psicopolítica del presente.

Entonces ella hizo un gesto mínimo: al acomodar con suavidad una de las mangas —arrastrando un poco de pelusa— dejó ver unas uñas ni muy largas ni muy cortas, prolijas, pintadas de un rosa claro, casi translúcido. Ese preciso ademán le reveló algo más a (P): la misma dedicación minuciosa aplicada a cada detalle, como quien acomoda sin apuro lo que ya está en su lugar.

Lo que más lo impresionó, en cambio, fue la tonalidad del suéter: no era un amarillo cualquiera, ni patito ni limón, sino un amarillo ocre, con matices de siena natural. Profundo y terroso, como los pigmentos de los frescos italianos que siglos atrás narraban la fe. Remitía al otoño y al trigo maduro, dorado y cálido. Tenía una presencia que no requería explicación, como si condensara lo esencial, lo que perdura cuando todo lo demás se desvanece: la quintaesencia. Entonces lo entendió. No era solo el color. Actuaba como el arquetipo de Virgo, esa energía del elemento tierra que analiza, depura y refina la realidad hasta revelar su sustancia.

Virgo... el nombre resonó en su memoria, despertando una imagen dormida: la figura de *La Virgen*, con su presencia serena. Le parecía una asociación casi demasiado evidente. Pero entonces, esa serenidad se tiñó de otro matiz: una visión se abrió paso, como si un archivo se desplegara dentro de él. *El Cristo Amarillo, de Gauguin*.

Por supuesto. El Cristo, el hijo de los hombres, con su divinidad solar y antinatural, pero rodeado por la misma gama de colores terrenales de las campesinas y la cosecha otoñal. Era eso: *el suéter representaba la unión perfecta entre la fe humilde de la tierra y la luz sagrada de lo divino. Un puente entre la devoción de Virgo y la epifanía del Cristo*. Su mente desbordaba, imposible de contener. Pero su reflexión no se detuvo ahí: fue más profunda, hasta la raíz del símbolo. Comprendió que ni la pintura de Gauguin ni los íconos antiguos del arte bizantino que le venían a la mente hablaban de un color. Hablaban de una sustancia. Aquello no era ocre ni amarillo. Era oro. *El oro prometido por la alquimia: el resultado final de la transmutación. La materia iluminada, la esencia misma del cambio sagrado. Como en El Beso de Klimt, donde el oro no es fondo ni adorno, sino la materia misma en que los cuerpos se funden. La transmutación hecha abrazo.*

El resplandor se apagó con naturalidad, y la atención de (P) volvió a posarse en lo tangible. Tomó un instante para desacelerar sus pensamientos. Ya más presente, observó el resto del outfit de (C): un jean ajustado, metido dentro de borcegos de cuero altos, con cordones cruzados. Todo en un negro discreto, sin reflejos.

Era el tipo de look que siempre le había resultado interesante, pero esta vez su atención se detuvo en otro detalle: colgando de su cuello, un sutil cordón negro sostenía una pequeña piedra que, a sus ojos de informático, brillaba con una luz extraña. Una anomalía en la Matrix, un lenguaje cifrado ajeno a toda explicación racional.

Mientras estaba aún más cerca, percibió ese mismo destello en los ojos claros de (C): no un reflejo, sino un eco. Como si la piedra fuera el ancla externa de la misma chispa de luz que ella llevaba dentro. Compartían un secreto, una resonancia. No era solo un adorno; parecía custodiar

misterios que solo (C), en su mundo íntimo, sabía descifrar.

Era algo más que un colgante: era una llave.
Y no todas las puertas se abren con palabras.

IV. Causas y Azares

(P) dirigió toda su atención a la piedra, intentando descifrarla. Bajo la luz de la calle, parecía casi incolora, apenas translúcida. Sin conocimientos de joyería, solo pudo aferrarse a lo que le resultaba familiar. *¿Un diamante? Nah, imposible* —pensó, descartando la idea de inmediato —. *¿Mirá si iba a ser un diamante, con lo que deben costar, y ella llevándolo así nomás, como si nada?* Casi se rió en silencio.

Pero entonces algo lo distrajo: sintió que alguien le tocaba el hombro por detrás. (P) se dio vuelta y se encontró con una mujer que parecía haber descendido sobre la vereda como un deus ex machina, o traída por una ráfaga de viento que la dejó justo ahí. Estaba algo agitada y, a primera vista, parecía más joven que él. Tenía un rostro natural, sin intervenir: una belleza fresca y sencilla.

El pelo largo, lacio y morocho caía con suavidad sobre un abrigo blanco, cerrado hasta el cuello. Lo cubría un patrón exacto: líneas negras que se cruzaban con precisión

geométrica, formando una figura similar a un hashtag, a un numeral, casi idéntica a un tablero de tatetí. Cada sección del abrigo parecía un casillero vacío, con la posibilidad de que alguien se acercara en cualquier momento para empezar una partida. En la solapa izquierda, justo sobre el corazón, llevaba una chapa rectangular de metal plateado, más grande que lo habitual, como si no quisiera pasar desapercibida. Pulida como un espejo, brillaba con nitidez bajo la luz de la calle. El grabado era profundo, visible incluso a la distancia: un par de alas estilizadas, y debajo, en mayúsculas perfectamente legible, una sola palabra: AVE.

Pero el diseño de las alas, tan simétrico y con ese centro circular del que parecían nacer, hizo que a (P) se le cruzara una imagen por la cabeza. Por un instante, se superpuso con otra que recordaba de algún libro: la silueta de un antiguo símbolo persa —cree que del zoroastrismo—, del alma alada. Una coincidencia, una forma parecida, nada más. Pero la sensación de estar frente a un emblema milenario no pudo quitársela de encima.

Aún un poco sofocada, con una sonrisa cómplice y un brillo desafiante en los ojos, ella soltó:

—¿No me vas... —tomó aire, tragó saliva— vas a decir... que ya me olvidaste?

(P) se limitó a asentir, incómodo. No quería parecer descortés, pero no terminaba de reconocerla, y eso —para alguien con su memoria— era extraño. Bajó la vista y se detuvo en las botitas de gamuza negra que ella llevaba puestas, donde un pequeño adorno en forma de ala parecía cobrar vida.

Más que el detalle, fue una inflexión en su gesto y el tono de voz lo que lo llevó a pensar en (L), una vieja compañera del colegio. *¿Será ella?* No estaba seguro; tal vez era su mirada, o esa forma tan inesperada de aparecer.

(L) miró hacia (C) y (N), esbozó una sonrisa con soltura —aún con la respiración algo entrecortada— y dijo:

—Hola, chicos, ¿cómo están?... ¿Todo bien?

—Ah, mirá voooos... una morganita —comentó, inclinándose un poco para observar el colgante con interés

—. Es un tipo de berilo, ¿no? Como la esmeralda o la aguamarina... mmm, creo. Me suena que se la asocia con el amor espiritual, incondicional, divino... o algo así. ¿O era con la compasión? Qué sé yo.

—Creo que también aporta serenidad y calma, y tiene que ver con el chakra corazón, ¿no? Uy, me parece que hablé mucho y muy rápido —se rió, algo avergonzada—.

(C) observaba a (N) con cierto aire de sorpresa, daba la impresión de que el comentario sobre el dije que colgaba de su pecho la hubiera tomado desprevenida.

Entonces, (L) posó su mirada en (P) y, con un gesto casi cómplice, le comentó:

—Una pavada... pero una amiga que sabe de litoterapia siempre dice... Ah, ¿sabías que es un saber viejísimo? De una santa alemana de la Edad Media, creo, que usaba el poder de los zafiros y las esmeraldas para curar. Uy, mirá cómo me voy por las ramas... lo que te iba a decir es que su frecuencia —o vibración, no sé bien— ayuda a sanar el

corazón... Bueno, también los pulmones, la respiración... ¿Se entiende? No sé si me explico.

—Ahhhh, ya me acordé. Es que en realidad ayuda con los pulmones cuando la angustia no te deja respirar. Pero también con el corazón, claro —es todo lo mismo, ¿no?—. Igual, para mí —es la piedra la que te elige a vos, no al revés —.

(P) no respondió.
El impacto fue inmediato.

Morganita.

El nombre de la llave.

Pero no fue el nombre lo que lo descolocó, sino algunas palabras.

Corazón.

Respiración.

No podían ser casualidad.

Fue como una estocada, una lanza invisible que le atravesó el costado, precisa y certera, dejando una marca profunda e inesperada. O quizá no una lanza —pensó—. Más bien algo que oprimía el centro del pecho, lento pero igual de implacable; una flecha. Entonces se le vino a la cabeza, sin saber por qué, la escultura de bronce *El Centauro Herido*, cerca del Museo Nacional de Bellas Artes: Quirón, transmitiendo el sufrimiento a través de su cuerpo tenso, las patas vencidas y esa expresión que parecía sostener el dolor más allá del tiempo. Una herida incurable en el cuerpo de quien sabía sanar a todos, menos a sí mismo.

Había sido apenas una mención al pasar —¿casual?—, pero tocaba de lleno una afección que, por supuesto, ella no podía conocer: la insuficiencia cardíaca.

Pensó en el *entrelazamiento cuántico*: esa forma en que dos partículas, por distantes que estén, permanecen unidas por un vínculo secreto. Después, le vino a la mente *la sincronicidad de Jung*, esa conexión inexplicable entre un

evento interno y un azar externo. Y más allá, casi como un eco, recordó a Grinberg y su idea de *una lattice*. *Tal vez era eso. O quizás algo más terrenal: como la trama invisible de un micelio bajo los adoquines, una red subterránea y silenciosa que lo conecta todo sin que nadie lo sepa. Una conciencia sutil y vibrante, invisible pero real. Como una respiración antigua que aún atraviesa el mundo.*
Por un instante, sintió la urgencia absurda de pagar un precio por una verdad. Como si el conocimiento real exigiera siempre un sacrificio: un ojo, o nueve noches colgado de un árbol junto a un pozo. ¿Cuánto estaba dispuesto a perder por una sola certeza?

Que fuera ella —(L), una cara que ni siquiera alcanzaba a recordar de su pasado— quien nombrara su fragilidad con la naturalidad de quien habla del tránsito en hora pico, era una coincidencia demasiado precisa para reducirla al azar.

Sentía un nudo en la garganta que no sabía si era angustia o miedo. O ambas. Como si algo se cerrara por dentro. Como si estuviera entrando —sin notarlo del todo— en la noche oscura del alma. Buscaba algo a lo que aferrarse, pero todo parecía moverse más rápido. El aire se volvía espeso. Bajó la

vista, intentando anclarse al suelo. Y ahí estaban: las viejas baldosas tipo vainilla, esas de toda la vida, eternas como la ciudad. Siempre las mismas, siempre iguales. Pero no ahora. Por primera vez, no vio el diseño de siempre. Vio líneas enteras. Vio líneas partidas por el desgaste. Vio hexagramas bajo sus pies, un texto inmenso y antiguo escrito en el suelo de Buenos Aires.

Estaba empezando a ver demasiados patrones; demasiadas coincidencias. Por un momento, se sorprendió a sí mismo pensando que formaba parte de *El Péndulo de Foucault*, la novela de Umberto Eco, como si estuviera inventando un plan cósmico tan perfecto y tan detallado que se le iba de las manos y terminaba volviéndose real.

Pero al instante recordó una palabra que había escuchado alguna vez: Apofenia. Ese impulso casi instintivo del cerebro de buscar sentido, de conectar puntos sueltos, de ver formas donde no las hay.

Y entonces, inevitablemente, llegaron las preguntas:

¿Apofenia... Será eso lo que me está pasando?

¿O era simplemente la consecuencia de haber pasado demasiado tiempo observando el mundo como un ermitaño?

La mente no paraba, aunque estaba cansada. En medio de todo ese ruido, se le apareció el nombre de un disco de Silvio Rodríguez: *Causas y Azares*.
Hacía poco lo había vuelto a escuchar, después de muchos años, por casualidad, en una lista de Spotify.

Una inquietud tenue, pero persistente, se le coló en el pensamiento: *¿Era tal vez el azar que se me iba enredando, poderoso, invencible... o era otra cosa?*

Y de repente, esa era la única pregunta que importaba: *¿Causa, azar, o algo más?*

La cabeza le pesaba, llena de un conocimiento inútil. Como si cargara un cántaro desbordado, con un agua que nadie quería tomar.

Mientras su mente seguía dando vueltas, (L) se decidió a contarle cómo había llegado hasta ahí.

—No sabés lo que fue llegar hasta acá... una odisea —dijo, con un suspiro que era a la vez alivio y cansancio—. Fui hasta Almagro a comprar la entrada para un recital, a un pibe que las revendía. Nos encontramos justo en esa esquina donde Díaz Vélez cambia de nombre y se convierte en Gallo.

(P) tomó aire por la nariz, buscando relajarse.

—Ah, sí, sí —en la curva, por ahí cerca del mayorista, ¿no? — donde está la Parroquia del Tránsito.

Al terminar de decirlo, su propia memoria lo emboscó. El pecho le latía tan fuerte que podía escucharlo en los oídos.

Tránsito... no era solo Tránsito.
Era el Tránsito de la Santísima Virgen.

Claro... El Tránsito de la Virgen. Eso que decían: que no había muerto. Que su cuerpo, su alma, habían subido al cielo. Como si la muerte no pudiera tocarla.

La Virgen, otra vez.
La misma palabra, flotando ahora entre las familiares calles de Almagro.

V. Mujeres

Antes de que (P) pudiera procesar la magnitud de esa nueva coincidencia, la voz de (C) apareció —clara y afinada como un verso al oído—, cortando el aire con suavidad:

—¿Y, van a pasar? No me gusta que se queden ahí afuera con este frío —dijo, con un tono protector—.

(N) bajó la mirada, dejó caer el cigarrillo y lo aplastó contra el suelo con la punta de su zapatilla Topper, girando apenas el pie para apagarlo por completo.

Saludó a (C) con un beso. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa, pero su mirada se desvió por un instante hacia una hoja seca que se había pegado a la manga de la polera de (N). Con un gesto rápido y preciso —casi un acto reflejo—, se la quitó.

—Uy, gracias, ni me había dado cuenta —dijo (N)—.

Luego, (N) se protegió del frío nocturno, metiendo las manos en los bolsillos de su jean oscuro. Caminó con los hombros levemente encorvados, cruzó la reja sin dudar y entró. Giró, se detuvo unos segundos y, al ver que los otros no lo seguían, se preguntó por qué.

Entonces se dirigió a (P). Su tono no era despreocupado, sino una mezcla de desafío y complicidad:

—¿Y, Roccatagliata? ¿Qué onda, no entrás? —preguntó, con una sonrisa que combinaba picardía y provocación—.

Esa referencia —Roccatagliata— era un chiste interno: el apellido de un personaje de un trabajo que habían compartido años atrás. (P) sonrió por dentro. Pensar que se conocían desde el secundario, más de treinta años, y todavía conservaban ese código, ese humor de adolescentes que se negaba a envejecer. En (N) convivían esa frescura juvenil con la calma de un hombre que ya peinaba algunas canas y escaneaba la calle con prudencia; alguien que, además, parecía tener un instinto para detectar lo que se movía bajo la superficie de las personas.

Por un instante, el recuerdo de ese tiempo más sencillo lo alivió. Pero esa tregua hizo que su incomodidad presente se dibujara con más nitidez.

(P) se acercó a (C), la saludó con un beso y ella, sin decir palabra, lo miró y levantó el brazo para señalar el portón abierto. Su mano, apenas asomada desde la manga ancha del suéter, dibujó en el aire una curva ondulante, colmada de encanto. A (P) le pareció un floreo sutil de bailaora flamenca, un gesto que condensaba elegancia artística, fuerza terrenal y sabiduría.

Tras ese floreo, (P) siguió con la mirada el gesto de ella y giró la cabeza en esa dirección. Ahí estaba el portón negro de hierro, abierto de par en par.

Más allá, al fondo, se alzaba una imponente casa estilo Tudor: tres pisos, fachada de ladrillo y piedra, techos a dos aguas cubiertos de tejas. Las vigas de madera expuestas, al cruzarse, formaban un entramado geométrico que culminaba en la silueta perfecta de un gran triángulo apuntando al cielo. Era como si cada línea de la casa tocara un recuerdo que no sabía que tenía. La mansión emanaba

un aire antiguo, como una reliquia suspendida en el tiempo. No parecía solo una vivienda. Había algo en su disposición que recordaba a una morada interior, como un castillo pensado más para el alma que para el cuerpo.

Empezó a sentirse mal. Un hormigueo le recorría el cuerpo, como una corriente que no sabía de dónde venía. Desvió la mirada de la casa, hacia cualquier parte, para no pensar. *El estilo de la mansión... las vigas... los techos empinados...* una sensación luchaba por salir.

¿Era la imagen de una película? ¿De un libro? Nooo... ¿un documental? ¿Bretaña? Sí, era eso: la arquitectura de la Bretaña francesa. Se le puso la piel de gallina. *El mismo lugar donde Gauguin pintó su Cristo amarillo: un paisaje otoñal, una obra que parecía resonar con la prenda que llevaba puesta (C). Bretaña... ¿no había un santuario por ahí? ¿Algo dedicado a la madre de la Virgen... Santa Ana?* La pregunta le despertó un recuerdo olvidado: un viejo libro sobre los mitos de esa tierra, que hablaba de una peregrinación a las tumbas de siete santos llegados del mar. Siete monjes, figuras clave en la cristianización de la zona. También recordaba algo sobre las Vírgenes Negras:

antiguas diosas de la tierra, recubiertas por el cristianismo con mantos de Reina. Una comprensión comenzaba, apenas, a tomar forma.

Entonces pensó en otra figura, esta vez mestiza, revelada al pie de un cerro —en el continente americano—: *Guadalupe, la patrona de los mexicanos*. Como aquellas otras representaciones femeninas de lo sagrado, encarnaba esa doble raíz —terrestre y celeste—, maternal y política, pagana y devocional. No una santa lejana, sino una presencia cercana, hecha de estrellas y barro, con el color de la tierra en el rostro. En Argentina, *la Virgen del Valle* —venerada en la provincia de Catamarca— parecía compartir esa misma esencia: morenita, envuelta en promesas humildes y cantos sencillos, como si el pueblo la hubiera soñado desde abajo; sus procesiones son de las más multitudinarias del país y, por la cantidad de peregrinos que llegan cada año, algunos la conocen como la patrona del turismo.

Como un hilo invisible, todo empezó a unirse: *La Virgen, Santa Ana, las señoras del cerro y del valle, las Vírgenes*

Negras... no eran figuras aisladas, sino capas de una misma memoria.

Eran distintos rostros de una misma fuerza: una corriente ancestral que fluía desde la Venus de Willendorf hasta Isis, la Mari de las cuevas vascas, la Danu celta, Asase Yaa, Hou Tu, la Pachamama y la mismísima Virgo del Zodiaco, asociada simbólicamente con Ceres/Deméter.

Y también hay otras *"desconocidas gigantes, que no hay libro que las aguante",* como diría una vieja canción, pensó (P).

En definitiva, una corriente horizontal que se movía a través de lo Femenino: un mismo código emocional, una sensibilidad compartida.

Incluso el color —ese ocre terroso del suéter, tan simple como profundo— parecía parte de la misma red. Un pigmento ancestral, como el que cubría a las viejas diosas de barro.

Y el Cristo de Gauguin no estaba más allá del polvo y de la tierra de la que venimos, crucificado y lejano. Estaba pintado con ella, hecho de la misma materia.

Aquella revelación no era solo sobre lo de arriba y lo de abajo, sino del Cielo eligiendo conectarse con la Tierra. Todo parecía unido, como una pista apenas revelada, como si alguien —o algo— lo estuviera guiando sin que (P) lo supiera.

VI. Sueño Con Serpientes

Respiró hondo, buscando recuperar algo de calma. Mantuvo el aire unos segundos, como si así pudiera contener también los nervios. Al exhalar, volvió a mirar con otros ojos.

Recién entonces fue consciente del entorno. A su alrededor, notó un jardín que, a pesar de la noche, parecía brillar desde dentro: había faroles altos y bajos, luces colgantes y otras más discretas —focos chiquitos empotrados entre piedras y tallos— que iluminaban con delicadeza cada rincón. En el centro, una fuente de terracota destacaba por su color marrón rojizo, que parecía latir en sintonía con el ambiente. Era un orden que no imponía sobre la naturaleza, sino que dialogaba con ella. Cada planta en su lugar perfecto, pero el conjunto respiraba una armonía estudiada de texturas y colores.

Se detuvo en la fuente. Desde su base se alzaba la escultura de una mujer joven, con un cántaro inclinado del que brotaba un hilo de agua. La reconoció al instante: *Hebe, la*

diosa de la eterna juventud. Sintió una ternura extraña al verla, vertiendo el agua con una delicadeza casi íntima. Recordó haber leído sobre ella: la copera de los dioses, la que servía el néctar de la inmortalidad.

A (P) siempre le había fascinado esa figura, la contraparte femenina de Acuario, el Aguador. Una portadora de vida, no solo de conocimiento: agua para el alma, no solo para la mente.

En un costado, distinguió una cruz de piedra erguida en silencio —una fe íntima, casi secreta—. No era cualquier cruz: los cuatro brazos se unían en un gran círculo que le daba un aire antiguo. Reconoció la forma: *una cruz celta*. No le sorprendió del todo; armonizaba con el estilo de la casa, inspirado en la Bretaña francesa, donde la raíz celta seguía latente.

Un poco más allá, su mirada fue atraída por el blanco de un pequeño grupo de azucenas que parecían custodiar una columna. No estaba erosionada, aunque lo aparentaba: en su superficie se dibujaban dos surcos gemelos que ascendían en espiral, como el eco en piedra de dos

serpientes largas, transparentes, entrelazadas. Justo debajo, rodeando la base de la columna como un anillo, se podía leer una inscripción en latín: DEUS SANAT. *¿Era solo un caduceo*? se preguntó (P), mientras la forma inconfundible comenzaba a revelarle algo más: la doble hélice del ADN, símbolos antiguos y silenciosos, tallados por manos invisibles. Al comprenderlo por fin, supo que ese caduceo había esperado pacientemente bajo la piedra sobrante. Su imagen —la vara custodiada por flores— lo envolvió en una serenidad que parecía venir de un sueño, como si todo perteneciera a un plano onírico.

A su lado, vio un sector de tierra recién removida. Parecía un trabajo a medio hacer. Y fue entonces cuando descubrió, no lejos del cantero, una bolsa de arpillera vacía —como las que se usan en los viveros— y un par de guantes de jardinería olvidados.

Impulsado por la curiosidad, su mirada se detuvo en la etiqueta de la bolsa: **Bulbos de Nardo "Von Bingen: Esmeralda Garden"**.

(P) Leyó el nombre, y luego lo leyó otra vez, como si buscara algo escondido. *Von Bingen... Esmeralda Garden*. Sonrió ante la extraña mezcla: un apellido alemán, una joya nombrada en castellano y un toque de marketing anglosajón, todo en una bolsa de arpillera. *Bingen... Von Bingen*. Le sonaba a un lugar, a una historia. *Jardín Esmeralda... era pura poesía*. Todo en ese lugar parecía estar diseñado para nombrar lo sagrado con una belleza esquiva. Entonces, la palabra nardo le evocó algo lejano y exótico: un perfume denso, casi sacro. Pero se obligó a pensar en otra cosa.

En ese momento, giró lentamente y posó la mirada sobre el sendero que conducía a la casa, un caminito empedrado, una pequeña vía que parecía, a la vez, invitar... y advertir.

VII. Debo Partirme En Dos

Más tranquilo ahora, su mirada recorrió la fachada y se posó en dos ventanales iluminados del primer piso, cada uno perteneciente a una habitación enorme y distinta, que parecían ojos despiertos en la noche.

Cada uno ofrecía un vistazo a un universo diferente, lleno de detalles y secretos.

Por el primero se escapaba la promesa del sonido: la silueta de un atril, la elegante presencia de un piano, una guitarra que parecía dormir de pie. En la pared, colgados juntos, pequeños objetos que evocaban castañuelas, junto a un gran bombo legüero. Sobre la tapa del piano, una trompeta dorada brillaba en reposo; a su lado, un bandoneón yacía en silencio sobre una franela cuidadosamente doblada. (P) imaginó una habitación —tal vez una sala de ensayo— impregnada de distintos estilos musicales: el folklore argentino, telúrico y ritual; la melancolía del tango; la improvisación libre del jazz y el duende profundo del flamenco español —el cante jondo—. Era un lugar para los

amantes del ritmo, donde cada instrumento parecía esperar la llamada para contar su historia.

Si aquel primer ventanal parecía respirar música y expresión, el segundo ofrecía lo contrario: la promesa del silencio, la introspección y el estudio.

Lo primero que vio (P) fue una amplia biblioteca: estanterías altas y repletas de libros que cubrían las paredes laterales. Un escritorio ordenado, con una lámpara de luz cálida, sugería largas horas dedicadas a la lectura y reflexión. Sobre la pared del fondo, dos máscaras tribales —probablemente africanas— colgaban como centinelas ancestrales, enfrentadas y dominando el espacio. Eran enormes, visibles claramente desde el jardín. Ambas alargadas: una clara, la otra oscura. Juntas dibujaban la silueta de un triángulo invertido: un equilibrio tenso, casi ceremonial.

(P) se detuvo primero en la máscara pálida, de sonrisa serena, que le transmitió una extraña calma. Luego, desplazó su vista hacia la izquierda, hacia la más sombría, cuya cabeza inclinada parecía arrastrar un antiguo lamento.

Al principio, esa inclinación le pareció solo tristeza, pero no era solo eso: era una pena densa, con la memoria de muchas otras. De repente, un cosquilleo ascendía por la espalda, suave pero persistente. Lo supo sin pensarlo, como una verdad que emergía desde lo más hondo. Era el gesto exacto: la inclinación resignada y doliente que recordaba al *Cristo Amarillo*.

La impresión lo mantuvo quieto por un momento. Luego, como si las piezas de un símbolo comenzaran a alinearse, comprendió.

Los rostros no eran opuestos ni enemigos. Se miraban en silencio, como si cada uno llevara la sombra del otro. Unidos, componían algo más profundo: no solo la dualidad del teatro, sino también la del alma misma. Como aquella figura del Cristo en la cruz bretona, cuya expresión reúne entrega y condena, compasión y exilio. En esas figuras —una clara, otra oscura— también vibraba esa paradoja: una danza entre redención y pérdida; entre el rostro que sonríe y el que calla su dolor.

Como un destello del arcano de Los Enamorados, aquellas dos mitades hallaban sentido sólo en su unión, revelando que la armonía nace del abrazo de los contrarios.

En esa habitación, todo parecía participar del mismo misterio: representar y ocultar, sostener la máscara y dejarla caer. Todo flotaba en esa tensión sin nombre, como si el alma del lugar respirara entre presencia y ausencia.

Todavía envuelto en la quietud que quedaba en el aire, (P) comenzó a percibir sonidos que se filtraban desde la planta baja, cruzando el patio con una presencia sutil pero real. Voces entremezcladas, risas dispersas y el choque de vasos y copas llegaban hasta él. A través de las ventanas, pudo distinguir a gente sentada y de pie por toda la sala, compartiendo bebida y comida. Sintió de golpe un hambre inesperado; recordó que no había comido nada en todo el día. *Bueno, casi nada* —se corrigió mentalmente—: *un café con dos tostadas a la mañana*, mientras desayunaba en un bar leyendo el diario. Había sido lo único. En ese instante, un aroma inconfundible llegó hasta él: el humo de la leña quemándose, el olor a asado que trepaba desde una parrilla vecina, prometiendo sabores y calidez.

Mientras aún saboreaba esa sensación, la música que flotaba en el ambiente no era la de una fiesta cualquiera: una guitarra y una voz femenina suave cantaban en portugués, con esa dulzura melancólica tan inconfundible. Se detuvo, atento, el alma en vilo. Esa voz no parecía salir solo de una garganta; parecía venir de un lugar más profundo, como si la música se fundiera con la sangre misma. No solo sonaba: lo envolvía, lo contenía, como si lo hubiera estado esperando. Entonces, un sobresalto de reconocimiento lo atravesó: ¡*Chega de Saudade! La primera bossa nova*, pensó. La que lo había iniciado todo. Más que una pieza musical, un principio. Y no podía haber mejor elección para esa noche que esa canción, de Vinicius de Moraes y Tom Jobim.

No era solo el sonido; era la energía del lugar, una vibración que él, con su permeable Luna en Piscis, absorbía sin defensa.

VIII. ¿Qué Hago Ahora? (Dónde Pongo Lo Hallado)

De pronto, una incomodidad lo envolvió por completo.
Pensó:

Uhhhh... (N) ya entró. La puta madre.
Una de dos: o entro, o digo alguna excusa.

Tras debatirse en silencio entre entrar o inventar una excusa, giró la cabeza hacia (C), casi sin darse cuenta.
Justo ahí, entre la duda y la puerta abierta, ocurrió algo insólito: dejó de pensar.

Parecía que su cuerpo exhalaba por primera vez en mucho tiempo.
Todo lo demás se desvaneció: los sonidos, el olor a leña... el mundo se volvió un eco distante.
Como si una espada silenciosa hubiera cortado el lazo que lo ataba a todo.

El tiempo, detenido.

Únicamente vio:

El Colgante.

El Brillo.

Lo había percibido antes, pero ahora su mirada se clavaba en él, hipnotizada.
Parecía hechizado. Necesitaba entender qué era esa luz, ese resplandor que lo llamaba. Al acercarse, cuando por fin estuvo a centímetros, descubrió el secreto que guardaba: no era transparente, como había pensado. Era de un rosa pálido, casi pastel, el mismo tono que (C) llevaba en las uñas.

No gritaba, pero lo decía todo.
Una calidez muda.
Todo lo vivo canta aunque no tenga voz.
Un suspiro secreto.

En ese instante, un rayo —imprevisto, fulminante— partió la sólida torre de su lógica, dejándolo a la intemperie.

Todas las piezas encajaban, pero el dibujo completo escapaba a la razón.
Y supo, sin entender del todo por qué, que nada volvería a ser igual.

Ese destello no era solo belleza: señalaba que algo oscuro se había disuelto, dando paso a la primera luz. Había algo en ese brillo que no era de este mundo. Un punto minúsculo que parecía contener todos los demás: un Aleph rosado, un vértice de significados, una miniatura del infinito.

Todo cobró sentido: el suéter, la devoción de Virgo, La Virgen, las diosas de la tierra, el Cristo de Gauguin, la mansión Tudor, las máscaras, Chega de Saudade...

Incluso el abrigo de (L), con su diseño de tatetí, hablaba en clave. Como una cerradura binaria: luz o sombra, entrada o salida, sí o no, cruces o círculos.

Y (C) emergía, no como una clave más, sino como la "Piedra Rosetta" de todo aquel enigma.
No solo lo llevaba: era el colgante, la morganita.

"La piedra que calma", "el amor incondicional y divino", "la energía sanadora", había dicho (L).

Su serenidad, su gesto, su floreo... todo invitaba.
Ella protegía la entrada a ese mundo.
No era la entrada a una casa, sino a un estado de gracia interior.

(P) lo supo con el cuerpo, antes que con el pensamiento: había tocado algo esencial, un núcleo, una clave. Era como haber descubierto el corazón del misterio.

¿Dónde pongo lo hallado?

¿Qué hago ahora?

IX. Yo Digo Que Las Estrellas

La comprensión fue tan intensa como paralizante; un vértigo silencioso que le hizo sentir el alma como si se descubriera, allá en lo alto, en su propia torre de Babel interior. El impulso de dar un paso atrás fue automático: un acto reflejo de quien no se siente digno de cruzar ese umbral. De pronto, un sentimiento lo dejó como la carta de El Colgado: suspendido entre dos realidades, viendo el mundo desde otro ángulo, inmóvil.

Se quedó petrificado un instante. Y ante esa parálisis, su único recurso fue el de siempre: refugiarse en su viejo guion, en esa máscara social —la Persona, como la llamaba Jung— que utilizaba para navegar el mundo sin mostrarse del todo. No era solo timidez. Era una forma desesperada de protegerse de un mundo que, como advertía Byung-Chul Han, exigía una transparencia casi pornográfica: una exposición constante del alma que él percibía como obscena.

Trató de volver a esa cara que mostraba cuando no sabía qué hacer.
Pero la máscara tenía grietas, y por ahí se filtró lo primero que se le ocurrió decir.

—Eeeeh... o sea... nada, soloooo... pasaba a saludar, eso —murmuró, frotándose la nuca—.

Mientras él hablaba, su mirada se posó en (C), que armaba un cigarrillo con manos sabias, como si sus dedos lo recordaran mejor que ella. Se lo acomodó entre los labios con naturalidad y lo encendió. Al acercar la llama, la luz del encendedor arrancó de su mano un destello rojo, profundo. Se fijó entonces en un pequeño anillo que llevaba en el dedo índice: tenía una piedra roja, pequeña, ovalada y pulida, como una reliquia viva. Por un instante le pareció un diminuto huevo encendido, como si ardiera por dentro, como si guardara una brasa. Algo en ese conjunto —la calma con que lo armó, el brillo del anillo, la naturalidad del gesto— reveló algo esencial: mostró a (C) en su versión más cercana, más humana. Y en esa simple acción, (P) encontró un alivio que apaciguó un poco su agitación interna. Un suspiro se le escapó sin querer,

acompañado de un suave latido que le devolvió cierta calma al pecho.

Su mirada siguió en ella, y fue entonces cuando descubrió los aros que llevaba: de un lado, una media luna —tal vez de plata—, pequeña, apenas brillante bajo la luz; del otro, una perla solitaria. La asimetría no le quitaba armonía; le sumaba misterio. Como un susurro de lo divino, aquel contraste le evocó imágenes antiguas de pureza y consuelo, un eco silente de la protección y el enigma que ella encarnaba.

(C) sonrió, pero no fue una gran sonrisa, sino un gesto chiquito y exacto, que entendía la incomodidad de (P) sin juzgarla. En lugar de responder, alzó la vista hacia el cielo nocturno, increíblemente despejado.

(P) siguió su mirada. Ella pareció encontrar allá arriba lo que buscaba, y con una leve sonrisa, dijo:

—¿Ves esa estrella que brilla más que las demás? Es Spica, la estrella más brillante de la constelación de Virgo, algunos la conocen como Alfa Virginis. Le pusieron ese nombre

porque se parece a una espiga de trigo, la que sostiene la diosa Ceres en las leyendas.

(C) bajó un poco la voz, como si compartiera algo íntimo.

—Para mí, es como la abundancia, esa calma que llega después del esfuerzo, la belleza que está en lo simple.

Seguidamente, con voz baja y como cantando para sí, dijo:

—Yo digo que las estrellas le dan gracias a la noche...

(P) se quedó un momento contemplándola, como si algo de lo que había dicho (C) le hubiera llegado profundo. Después levantó la vista hacia Spica. Se tomó un segundo antes de hablar:

—Capaz suene raro, pero cuando la vi pensé en el arcano 17, La Estrella... es el símbolo de Acuario, mi signo.

(C) soltó una risa suave, como si algo invisible se alineara en ese instante.

—Mirá voooos... no te puedo creer... —dijo, sin quitar la vista del cielo—. Yo tengo la Luna en Acuario.

Luego bajó la mirada y lo miró a (P) a los ojos y le dijo:

—Vos y yo —asintió con la cabeza—. Vos y yo... nos vamos a llevar bien.

(P) dejó escapar un suspiro. No sabía por qué, pero ese simple "nos vamos a llevar bien" disipó la niebla de su mente. En medio del silencio, se filtró una palabra: *in-yun*. Algo coreano. Algo sobre conexiones invisibles entre personas, como si el roce con un desconocido en la calle no fuera casual, sino el eco de otro tiempo. No recordaba dónde lo había escuchado, ni cuándo.

Tal vez fue esa misma sensación lo que hizo que no le sorprendiera ver a (C) acariciar con suavidad la morganita, como si adivinara lo que vendría. Como si el tiempo, al contacto con ella, pudiera abrirse.

(C) le sostuvo la mirada a (P) por unos segundos, como si compartiera un secreto cósmico, y entonces, con la misma naturalidad, susurró:

—Dale, entrá un ratito. Pero quedate tranquilo: a las cuatro se termina todo. Hay un lanzamiento de la NASA, y ese despegue, para mí, es sagrado —sonrió con fascinación —. Lo vi una vez... —hizo una pausa, como corrigiéndose — quiero decir, lo voy a ver. Por eso, a esa hora, acá se corta todo. No me lo pierdo.

Esa frase, por extraña que fuera, lo terminó de tranquilizar. Era la forma en que la dijo. Hablaba del despegue con la misma nostalgia de quien recuerda el ayer... aunque aún no haya sucedido. No había duda en su voz, solo el peso de un hecho consumado. Era como si ella hubiera estado ahí, en el final de la noche, y simplemente recordara los eventos en voz alta. (P) entendió entonces que la lengua interna de (C) era diferente: no seguía una secuencia, sino que giraba sobre sí misma, como un camino donde principio y final se tocaban —como la serpiente del Ouroboros, que se muerde la cola para cerrar el ciclo eterno—.

Dicho de otra manera, para ella el tiempo no era una línea, sino un cuadro: algo que se observa de una vez, donde pasado, presente y futuro se tocan. Era como el gesto audaz de Gauguin, que trasladó el Calvario a un campo de Bretaña en el siglo XIX, desafiando la lógica temporal. (P) recordó entonces la película *Arrival*, donde la protagonista aprendía un lenguaje que rompía con la percepción habitual del tiempo. Algo en (C) llevaba esa misma esencia: la certeza de quien ya conoce lo que está por venir, como si el tiempo fuera un río que fluye en todas direcciones a la vez; una estela del cuento borgeano *El jardín de senderos que se bifurcan*, donde el tiempo no elige: se despliega.

(P) no sabía si todo eso tenía sentido, pero lo sentía verdadero. Y más allá de la ciencia ficción y la literatura, recordó haber oído hablar de una lingua ignota medieval —una lengua revelada, no razonada—. Entonces entendió: el idioma de ella no describía el tiempo, lo creaba.

X. Te Doy Una Canción

(P) se dirigió al portón. Su mirada se detuvo por última vez en el viejo árbol de la vereda, aquel junto al que había reflexionado y contemplado en silencio. Ahora lo entendía: no era cualquier árbol, ni cualquier vereda. Con sus raíces hundidas en la oscuridad bajo las baldosas y sus ramas más altas buscando el cielo, ese árbol era el Axis Mundi, el eje del mundo. Él había estado parado, sin saberlo, justo al pie de esa conexión entre lo alto y lo profundo.

Al bajar la vista, vio que el viento había acumulado a sus pies un puñado de hojas secas —los colores le recordaron algo: el suéter de (C), el paisaje otoñal del barrio, y los árboles de Bretaña, como en un lienzo de Gauguin—. Todo parecía pintado con la misma paleta.

Fue entonces cuando el aire cambió: una fragancia intensa, súbita, a rosas lo envolvió —un perfume sin fuente visible —. Subió un escalón de mármol blanco y su vista captó unas letras cinceladas en el borde: *Ad Viriditas. ¿Latín? Algo con el color verde... sería por todas las plantas que hay*

en este lugar, pensó, sin detenerse demasiado. Al ingresar, aquel aroma milagroso se fundió con el perfume terrenal de los jazmines que trepaban por el jardín.

En esa fusión de aromas, en ese matrimonio sagrado entre cielo y tierra, (P) sintió, por un instante, una calidez distinta, como si el amanecer soplara desde adentro. El plomo cedió su lugar al oro. Sintió el cuerpo más liviano, como si por una vez no tuviera que arrastrar tanto. No era alivio total, pero sí el suficiente como para respirar mejor. Las sombras, por un momento, parecieron disolverse.

Alzó la vista hacia el final del sendero... y despertó.

⚜ ⚜ ⚜

Entonces supo la respuesta a la pregunta que había flotado con él en la noche. No era causa, ni azar. Ese algo más, esa fuerza, siempre había tenido un nombre.
Y ahora, para que ese nombre también te llegue, te doy una canción:

Sólo el amor

(Silvio Rodríguez)

Sólo el amor alumbra lo que perdura;
sólo el amor convierte en milagro el barro.